

Emilia Pardo Bazán

EL ÁNCORA
y otras novelas cortas

edición crítica

María Luisa Pérez Bernardo

☉ - STOCKCERO - ☉

Foreword, bibliography & notes © María Luisa Pérez Bernardo
of this edition © Stockcero 2015
1st. Stockcero edition: 2015

ISBN: 978-1-934768-83-9

Library of Congress Control Number: 2015960835

All rights reserved.

This book may not be reproduced, stored in a retrieval system, or transmitted, in whole or in part, in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, or otherwise, without written permission of Stockcero, Inc.

Set in Linotype Granjon font family typeface
Printed in the United States of America on acid-free paper.

Published by Stockcero, Inc.
3785 N.W. 82nd Avenue
Doral, FL 33166
USA
stockcero@stockcero.com

www.stockcero.com

Emilia Pardo Bazán

EL ÁNCORA
y otras novelas cortas

INDICE

INTRODUCCIÓN:	VII
NOTAS A ESTA EDICIÓN:	
I. VIDA:	
II. LA NOVELA CORTA:	
III. TEMÁTICA:	
BIBLIOGRAFÍA:	XXV
I. OBRAS CONSULTADAS	
OBRAS DE EMILIA PARDO BAZÁN	
EL ÁNCORA	
I	I
II	7
III	13
IV	19
V	27
VI	33
VII	39
VIII	45
IX	51
X	57
LA DAMA JOVEN	65
BUCÓLICA	III
LA GOTA DE SANGRE	
I	165

II	171
III	177
IV	183
V	189
VI	195
VII	201
VIII	205

INTRODUCCIÓN:

Emilia Pardo Bazán (1851-1921) es considerada una de las mejores novelistas de finales del siglo XIX y comienzos del XX. Además de novelas y cuentos, escribió libros de viajes, obras dramáticas, poesías, y numerosas colaboraciones periodísticas, a través de las cuales su presencia fue constante en la España de su tiempo. Destacan, entre las dotes de la escritora, su enorme cultura y su certera visión sobre las modalidades literarias de España y del extranjero. Su contacto con algunas literaturas europeas le sirvió para ser una excelente propagandista de ellas, como lo acreditan tres libros sobre la literatura francesa del XIX (*El romanticismo*, *La transición*, *El naturalismo*) o el titulado *La revolución y la novela en Rusia* (1887).

En este volumen se reúnen cuatro novelas cortas de Emilia Pardo Bazán; un género que no ha sido muy estudiado por los críticos de la escritora gallega, pero que tuvo mucha relevancia, ya que publicó un total de veintiuna entre 1884 y 1921. La autora, al igual que sus coetáneos, dio a conocer casi todas sus novelas cortas a través de la prensa periódica o de las publicaciones semanales, y de este modo, contribuyó a fomentar el conocimiento de su figura entre aquellos lectores que no accedían a sus otras obras. Lo cierto es que doña Emilia ya desde el comienzo de su producción literaria escribió novelas cortas como: *Bucólica* (1884) y *La dama joven* (1885), y más tarde publicó: *Los tres arcos de Cirilo*, *Un drama* y *Mujer* en la revista *La España Moderna*. También sacó a la luz una colección titulada *Novelas ejemplares*, escritas en 1895 y publicadas en 1906 para homenajear al ilustre escritor del Siglo de Oro, Miguel de Cervantes. Incluso en 1896 escribió en la revista *La Ilustración Artística* su novela *El áncora*, con ilustraciones del artista José Cabrinety.

La aparición de este volumen resulta de un inestimable valor para los especialistas, y para un grupo de lectores atraídos por una escritora en continua evolución. Desde esta perspectiva, es inexcusable conocer sus novelas cortas, hasta ahora dispersas y de difícil localización. Estos

relatos no carecen de interés, y junto a sus otras narrativas, también de carácter realista, son esenciales para recomponer la figura de Emilia Pardo Bazán. Además, a través de éstas, la autora ofrece el microcosmos de la vida contemporánea española de su tiempo, aunque no faltan temas argumentales que todavía son de actualidad.

NOTAS A ESTA EDICIÓN:

Para la edición de *El áncora y otras novelas cortas*, he seguido las *Obras completas* de Emilia Pardo Bazán editadas por Federico Carlos Saíenz de Robles en la Editorial Aguilar (1947) y la publicación actual por Darío Villanueva y José Manuel González Herrán de la Fundación José Antonio de Castro, en concreto, los tomos VI y VII. Salvo excepciones realmente mínimas, atribuibles a intención, o bien descuido o error tipográfico, el texto ostenta una ortografía absolutamente correcta y contemporánea, a diferencia de otros manuscritos más o menos coetáneos en los que a veces se deslizan algunas variantes. He realizado algunas modificaciones en la puntuación en aras de la simplicidad, así como la eliminación de algunos laísmos, la corrección de alguna errata y, en algún caso, de desajuste en la composición. En la selección de las novelas que conforman este volumen, el criterio ha sido el personal: guiada por el deseo de escoger lo más significativo y lo que mejor pueda representar el espíritu de la escritora gallega.

I. VIDA:

Doña Emilia Pardo Bazán nació en La Coruña el 16 de septiembre de 1851 en el seno de una familia aristocrática. Fue hija de don José Pardo Bazán y Mosquera y doña Amalia de la Rúa y Figueroa y Somoza. Su padre le proporciona una educación muy esmerada, a pesar de los prejuicios que existían en la época sobre la instrucción femenina; la joven lee todo lo que encuentra en su biblioteca familiar y asiste a un colegio francés en Madrid. A las posibilidades familiares se une el gran talento de la autora que se muestra dispuesta al aprendizaje, renunciando a la «pseudoformación» habitual de las jóvenes de su época. Ella misma confiesa que en vez de las clases de piano,

prefería el estudio del latín, y leyó con esmero: *La Iliada*, *El Quijote* y la *Biblia*. En 1865 aparece en el *Almanaque de la Soberanía Nacional* un relato «Un matrimonio del siglo XIX»; meses después este cuento se publica de nuevo en *El Progreso* de Pontevedra. En este mismo diario sacó a la luz «Aficiones peligrosas». También hay que señalar la composición de varios poemas cortos escritos en espera del nacimiento de su primer hijo, reunidos bajo el título de *Jaime* (1876) y que fueron publicados el mismo año por su eminente amigo, el krausista Francisco Giner de los Ríos¹.

En 1868 contrae matrimonio con José Quiroga. La ceremonia tiene lugar el 10 de julio en la capilla de las Torres o Pazo de Meirás, residencia de la familia Pardo Bazán². Los recién casados se instalan en Santiago de Compostela para que el marido concluya la carrera de Derecho. En 1869, al ser su padre elegido diputado, toda la familia se traslada a Madrid. Las primeras vivencias madrileñas se intensifican en los inviernos posteriores pasados en la capital; entra en relación con las tertulias literarias, las veladas del Ateneo, los salones aristocráticos y las sesiones del Congreso. Tras la entrada de Amadeo de Saboya y la Tercera Guerra Carlista (1872-1876), Emilia viaja acompañada de su familia por Francia, Inglaterra, Italia y Alemania³. Perfecciona sus conocimientos del inglés para poder leer a Shakespeare y Byron; y el alemán para comprender mejor a Goethe, Schiller, Bürger y Heine. Tras este viaje escribe *Apuntes de un viaje. De España a Ginebra*; texto que quedó inédito; pero lo conservó cuidadosamente entre sus

- 1 Francisco Giner de los Ríos (1839-1915) fue un pedagogo, filósofo y ensayista español. En 1876 fundó en Madrid la Institución Libre de Enseñanza, de carácter privado, que suscitó su actividad intelectual más fecunda. Se hallaba familiarizado con los más innovadores métodos pedagógicos europeos, gracias a sus viajes y contactos con las escuelas modelo de Bruselas y los sistemas educativos de Gran Bretaña, Francia e Italia. Tuvo el mérito de haber transformado la filosofía krausista en una práctica docente, auténticamente revolucionaria. Giner tuvo una influencia decisiva en toda la vida intelectual española de finales del siglo XIX y primer cuarto del XX. Quizás su mayor preocupación residiera en la pedagogía: la formación de un hombre nuevo, moralmente íntegro, intelectualmente cultivado.
- 2 El Pazo de Meirás fue el refugio cultural de Emilia Pardo Bazán. Por el palacio pasaron algunas de las personalidades más destacadas de la época. Tras la muerte de la escritora en 1921, y el asesinato de su hijo Jaime por el Bando Republicano en la Guerra Civil, quedó en manos de su hija Blanca. Al no dejar descendencia, donó el pazo a la Compañía de Jesús. En 1938, las autoridades franquistas ofrecieron la propiedad a Francisco Franco.
- 3 Tras la proclamación de la Primera República Española en febrero de 1873, muchos monárquicos isabelinos se pasaron al bando carlista, aumentando con la insurrección cantonista. Por el contrario, el golpe de Pavía en 1874 y el pronunciamiento de Arsenio Martínez Campos el 29 de diciembre de 1874, que condujo a la Restauración de la dinastía caída en 1868, contribuyeron a restar fuerzas a los carlistas, así como el acercamiento al Vaticano del Gobierno español. La familia de doña Emilia tuvo que marchar al exilio en estos años.

papeles, no sólo por razones sentimentales, sino porque deseaba preservar para el futuro. José Manuel González Herrán comenta que no fueron los *Apuntes de un viaje* lo único que Emilia escribió con ocasión de su periplo europeo: atendiendo a la llamada de su vocación poética, la joven escritora tradujo sus impresiones en varios poemas dedicados a lugares y personajes relacionados con el viaje: la Cartuja de Miraflores en Burgos; el baile del carnaval en la Ópera de París; el Lago Lemán y el Mont Blanc en Suiza; los canales de Venecia; la tumba de Julieta en Verona, el Palacio de Miramar en Trieste; el Museo de Belvedere en Viena⁴.

Como ella misma cuenta en sus *Apuntes autobiográficos*, en 1876 nace su primer hijo y, apenas a los cuarenta días del parto decide participar en los «Juegos Florales de Orense», un concurso conmemorativo del segundo centenario del nacimiento de Benito Jerónimo Feijóo y Montenegro⁵. El motivo de esta elección lo da ella cuando explica: «He participado en ese concurso por timidez, lo confieso: al afilar mis primeras armas me parecía más modesto dirigirme a nueve jueces de un jurado que al público, de entidad moral que siempre me ha inspirado gran respeto» (712). No es casualidad que entre las participantes en el certamen estuviera Concepción Arenal, la primera feminista española, y también una periodista y activista social de gran relevancia⁶. Al final, el jurado dio la victoria a Pardo Bazán, porque parecía que el trabajo de Arenal era demasiado tendencioso y deformaba el pensamiento del monje benedictino. Nuestra autora gana también la rosa de oro en la sección de poesía: con una oda dedicada también a Feijóo; venciendo a Valentín Lamas Carvajal, un profesor de la Universidad Central de Madrid.

En este mismo año comienza a publicar en el semanario *La Revista Compostelana* unos artículos de divulgación científica bajo el título «Ciencia amena». Según Ana María Freire, es la primera vez que sus

4 González Herrán ha recopilado diez poemas, que forman parte de otro manuscrito; el segundo en importancia, tal vez de los conservados en el Archivo de la Real Academia Gallega. Este segundo consiste en setenta y siete poemas de muy diversa extensión.

5 **Fray Benito Jerónimo Feijóo y Montenegro** (1676-1764) fue uno de los espíritus más universales de su tiempo, exponente del racionalismo ilustrado. Ingresó en la Orden Benedictina y se doctoró en el convento de San Vicente de Oviedo, del que fue abad (1721-1729). A partir de 1726 inició la publicación de sus dos grandes obras enciclopédicas: *Teatro crítico universal* y *Cartas eruditas y curiosas*.

6 **Concepción Arenal** (1820-1893) fue una escritora y una pionera por sus planteamientos sobre la situación de las mujeres en el marco español del siglo XIX. En su obra: *La mujer del porvenir*, Arenal denuncia los defectos de la educación que recibían las mujeres y muestra algunas de las contradicciones en que incurría la frenología del médico Franz Gall.

colaboraciones periodísticas son seriadas, con un carácter de continuidad, que hace esperar a los lectores la presencia asidua de la escritora en las páginas de una publicación periódica (Freire 21). También colabora en el diario *La Ciencia Cristiana*, enviando artículos diversos como «Las epopeyas cristianas» y sus «Estudios críticos sobre el darwinismo». Tras una serie de malentendidos con el director de esta revista, Juan Manuel Ortí y Lara, abandona la publicación. En 1879, inicia su producción novelesca al publicar *Pascual López, autobiografía de un estudiante de medicina*. En el prólogo nos cuenta que desoyó el consejo de ciertos amigos que le indicaron que debía ocultar su nombre y servirse (como antes lo había hecho Cecilia Böhl de Faber) de un pseudónimo masculino⁷.

En 1880 vuelve a Francia para recuperarse en el balneario de Vichy. Trae consigo, a su vuelta a España, un conocimiento de primera mano del naturalismo francés, doctrina que va a suscitar en España vivas polémicas entre adictos y contrarios a la nueva corriente literaria. Tras estas impresiones escribe *Un viaje de novios* (1881), que se edita por entregas en el diario *La Época* y que supone un importante estudio sobre el estilo de la nueva novela en el que pide exactitud y concisión en el lenguaje narrativo. Aparece *La cuestión palpitante* (1883), donde rastrea la tradición realista nacional. La resonancia de la obra fue inmediata, y la polémica ardió antes de que terminara la serie de artículos. La cuestión fue considerada por muchos una apología del naturalismo, y por ello un verdadero motivo de escándalo, al ser una mujer quien lo defendía. Un año más tarde prepara su tercera novela, *La Tribuna* (1883), obra que corresponde a una etapa literaria marcada ya claramente por la influencia del naturalismo francés.

En 1885 publica la primera colección de cuentos, *La dama joven*, en la editorial barcelonesa Daniel Cortezo, en la «Biblioteca Arte y Letras». En su prólogo alude a la posible falta de unidad de esta colección, pues en ella hay cuentos realistas y una novela corta. Y explica que algunos son fruto de su experiencia casi deportiva por los campos y montes de su Galicia natal, aún virgen para los turistas, y de interés por todos los saberes de esta tierra. Desde 1886 pasa largas temporadas en París, estudia en la Bibliothèque Nationale y conoce a los literatos

⁷ Cecilia Böhl de Faber (1796-1877) fue una escritora española del siglo XIX. Adoptó el pseudónimo de Fernán Caballero, porque en la época que le tocó vivir, no era fácil publicar bajo el nombre de una mujer. Dejó impreso un extenso y brillante legado literario y periodístico que la convirtió en una de las pioneras de la narrativa femenina española, y tal vez, la primera mujer en dedicarse profundamente a las letras.

BIBLIOGRAFÍA:

I. OBRAS CONSULTADAS

- Baquero Goyanes, Mariano. *El cuento español: del romanticismo al realismo*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1992.
- _____. *Emilia Pardo Bazán*. Madrid: Publicaciones Españolas, 1971.
- _____. *Qué es la novela. Qué es el cuento*. Murcia: Secretario de Publicaciones de la Universidad de Murcia, 1988.
- Biggane, Julia. *In a Liminal Space: The Novellas of Emilia Pardo Bazán*. Durham: Durham Modern Languages Series, 2000.
- Clèmessy, Nelly. *Emilia Pardo Bazán como novelista: De la teoría a la práctica*. Madrid: Fundación Universitaria Española, 1981.
- Colmeiro, José. *La novela policiaca española: teoría e historia crítica*. Barcelona: Anthropos, 1994.
- Dorado, Carlos. *Emilia Pardo Bazán. Periodista de hoy*. Asociación de la Prensa de Madrid, Madrid: 2006.
- Estébanez Calderón. *Diccionario de términos literarios*. Madrid: Alianza Editorial, 2008.
- Faus, Pilar. *Emilia Pardo Bazán: su época, su vida, su obra*. A Coruña: Fundación Pedro Barrié de la Maza, 2003.
- García Barragán, María Guadalupe. «Emilia Pardo Bazán. Algo más en torno a su naturalismo y feminismo». *Cuadernos Americanos*. 222 (1979): 187-98.
- Gómez-Ferrer, Guadalupe. *Historia de las mujeres en España. Siglos XIX y XX*. Madrid: Arco Libros, 2011.
- Gullón, Ricardo. «Las novelas cortas de Clarín». *Ínsula*. 76 (1952): 3.
- Hemingway, Maurice. *The Making of a Novelist*. New York: Cambridge UP, 1983.
- Imboden, Rita Catrina. *Carmen de Burgos «Colombine» y la novela corta*. New York: Peter Lang, 2001.

- Íñiguez Barrena, María Lourdes. *El Cuento Semanal 1907-1912*. Madrid: Grupo Editorial Universitario, 2005.
- López Quintans, Javier. *El fracaso existencial en los personajes de la narrativa de Emilia Pardo Bazán*. Madrid: Fundación Universitaria Española, 2008.
- Osborne, Robert E. *Emilia Pardo Bazán: Su vida y sus obras*. México: Ediciones Andrea, 1964.
- Pardo Bazán, Emilia. *Bucólica y otras novelas*. Ed. Marta González Mejía. Madrid: Lengua de Trapo, 2007.
- _____. *Cuentos*. Ed. Eva Acosta. Barcelona: Penguin Random House Grupo Editorial, 2007.
- _____. *Obras completas VI: Novelas cortas*. Ed. Darío Villanueva y José Manuel González Herrán. Madrid: Fundación José Antonio de Castro, 2002.
- _____. *Obras completas VII: Cuentos. La dama joven*. Ed. Darío Villanueva y José Manuel González Herrán. Madrid: Fundación José Antonio de Castro, 2002.
- _____. *Obras completas*. Tomo I. Ed. Federico Carlos Sainz de Roble. Madrid: Aguilar, 1947.
- _____. *Obras completas*. Tomo III. Ed. Harry Kirby. Madrid: Aguilar, 1973.
- Pattison, Walter T. *Emilia Pardo Bazán*. NY: Twayne Publishers, 1971.
- Pozuelo Yvancos, José María. *Historia de la literatura española. Las ideas literarias*. Madrid: Crítica, 2011.
- Reis, Carlos. *Diccionario de narratología*. Salamanca: Ediciones Almar, 2002.
- Rodríguez Cacho, Lina. *Manual de historia de la literatura española. Siglos XVIII al XX*. Madrid: Castalia, 2009.
- Rivalan Guégo, Christine. *Fruición-ficción. Novelas y novelas cortas en España (1894-1936)*. Madrid: Ediciones Trea, 2008.
- Varela Jácome, Benito. *Estructuras novelísticas de Emilia Pardo Bazán*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1973.
- VV. AA. *Estudios sobre la obra de Emilia Pardo Bazán. Actas de las jornadas conmemorativas de los 150 años de su nacimiento*. Ed. Ana María Freire. La Coruña: Fundación Pedro Barrié de la Maza, 2003.

OBRAS DE EMILIA PARDO BAZÁN

NOVELAS:

- Pascual López: Autobiografía de un estudiante de Medicina* (1879).
Un viaje de novios (1883).
La Tribuna (1883).
El cisne de Villamorta (1885).
La dama joven (1885).
Bucólica (1885).
Los pazos de Ulloa (1886-1887).
La madre naturaleza (1886-1887).
De mi tierra (1888).
Insolación (1889).
Morriña (1889).
Una cristiana (1890).
La prueba (1890).
La piedra angular (1891).
Memorias de un solterón (1891).
Doña Milagros (1894).
El tesoro de Gastón (1897).
El encaje roto (1897).
La rosa (1899).
El saludo de las brujas (1899).
El niño de Guzmán (1900).
Misterio (1902).
La quimera (1905).
La sirena negra (1908).
Dulce dueño (1911).
La gota de sangre (1911).
Belcebú (1911).
La sierpe (1912).
La última fada (1912).
Selva (1912).

CUENTOS:

- Cuentos escogidos* (1891).
Cuentos de Marineda (1892).
Cuentos nuevos (1894).
Cuentos de amor (1899).
Cuentos sacroprofanos (1899).

ENSAYOS:

- Estudio crítico de las obras del padre Feijoo* (1876).
Los poetas épicos cristianos (1895).
La cuestión palpitante (1883).
La revolución y la novela en Rusia (1887).
Los pedagogos del Renacimiento (1889).
La literatura francesa moderna (1910-1911).
Porvenir de la literatura después de la guerra (1917).
La mujer española y otros escritos (1916).
El lirismo en la poesía francesa (Obra póstuma), (1926).

LIBROS DE VIAJES:

- Mi romería* (1887).
Al pie de la torre Eiffel (1889).
Por Francia y por Alemania (1889).
Por la España pintoresca (1895).
Cuarenta días en la exposición (1900).
Por la Europa católica (1902).

TEATRO:

- El vestido de boda. Monólogo* (1899)
La suerte (1904).
Verdad (1906).
Cuesta abajo (1906).

Las raíces (1906).
El becerro de metal (1908).
Juventud (1909).

BIOGRAFÍAS:

San Francisco de Asís (1882).
Hernán Cortés y sus hazañas (1914).
Francisco Pizarro (1917).

LÍRICA:

Jaime (1976).

TRADUCCIONES:

Russia. Chicago: McClurg (1890).
Homesickness. New York: Cassell Publishing Company (1891).
A Christian Woman. New York: Cassell Publishing Company (1891).
The Swan of Vilamorta. New York: Cassell Publishing Company (1891).
Der Grundstein. Stuttgart, (1895)
A Wedding Trip. Chicago: The Henneberry Co. (1910).
The Angular Stone. New York: Cassell Publishing Company (1912).
The House of Ulloa. Athens: University of Georgia Press (1992)
The White Horse and other Stories: Lewisburg: Bucknell University Press (1993).
Mother Nature. Lewisburg: Bucknell University Press (2010).

III. BIOGRAFÍAS Y ESTUDIOS SOBRE EMILIA PARDO BAZÁN

Acosta, Eva. *Emilia Pardo Bazán. La luz en la batalla*. Madrid: Lumen, 2007.

- Baquero Goyanes. *Emilia Pardo Bazán*. Madrid: Publicaciones Españolas, 1971.
- Barroso, Fernando J. *El naturalismo en la Pardo Bazán*. Madrid: Playor, 1973.
- Bravo Villasante, Carmen. *Vida y obra de Emilia Pardo Bazán*. Madrid: Novelas y cuentos, 1962.
- Clémessy, Nelly. *Emilia Pardo Bazán como novelista: De la teoría a la práctica*. Madrid: Fundación Universitaria Española, 1981.
- Charques Gámez, Rocío. *Emilia Pardo Bazán y su Nuevo Teatro Crítico*. Madrid: Fundación Universitaria Española, 2011.
- Correa Calderón, Evaristo. *El centenario de doña Emilia Pardo Bazán*. Madrid: Ediciones Jura, 1952.
- Faus, Pilar. *Emilia Pardo Bazán: su época, su vida, su obra*. A Coruña: Fundación Pedro Barrié de la Maza, 2003.
- Fernández Cubas, Cristina. *Emilia Pardo Bazán*. Madrid: Ediciones Omega, 2001.
- Osborne, Robert. *Emilia Pardo Bazán. Su vida y sus obras*. México: Ediciones Andrea, 1964.
- Pattison, Walter Thomas. *Emilia Pardo Bazán*. New York: Twayne Publishers, 1971.
- Rubio Cremades, Enrique. *Panorama crítico de la novela realista-naturalista española*. Madrid: Editorial Castalia, 2001.
- Thion Soriano-Molla, Dolores. *Pardo Bazán y Lázaro. Del lance de amor a la aventura cultural (1888-1919)*. Madrid: Fundación Lázaro Galdiano, 2003.
- VV.AA. *Estudios sobre Emilia Pardo Bazán. In memoriam Maurice Hemingway*. Ed. José Manuel González Herrán. Santiago de Compostela: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Santiago de Compostela, 1997.
- VV. AA. *Estudios sobre la obra de Emilia Pardo Bazán. Actas de las jornadas conmemorativas de los 150 años de su nacimiento*. Ed. Ana María Freire. La Coruña: Fundación Pedro Barrié de la Maza, 2003.

EL ÁNCORA

I

Fernanda, en un capricho de descoser ella misma los famosos encajes, tomó el manojito de llaves y abrió la bien ajustada puerta del ropero. Un olorcillo a vetiver y alcanfor salió de las profundidades del armario, y la dama, guiada por la forma de la caja que conocía tan bien, acertó inmediatamente con su traje de boda.

Antes de levantar la tapa de la caja barnizada y fina, se detuvo, movida por un sentimiento que no podía definir, mezcla de respeto y de tristeza tediosa –la tristeza que nos infunde la vista de las cosas en que pusimos lo mejor del alma y que sólo nos dieron, en cambio, amarguras y decepciones–. Cuando, alzada ya la cubierta, apareció la nube de blancura un tanto rancia, el raso velado por el tul, las flores de azahar misteriosamente recatadas entre la sutil red del encaje, allá en una esquina las cajas de terciopelo blanco del misal y el abanico, en la opuesta los zapatitos diminutos con su lazo bordado de perlas..., Fernanda sintió una especie de vértigo y buscó el sostén de una silla, donde se sentó, sin resolverse todavía a tocar las nupciales galas.

Un objeto cualquiera –menos aún: un perfume, un sonido, un color–, nos hacen a veces revivir la juventud, recobrar las horas ya desvanecidas por el tiempo. Fernanda, abismada, con la mano izquierda delante de los ojos y la derecha crispada sobre la rodilla, evocaba –por virtud de aquellos blancos atavíos– la visión no menos blanca de sus amores y noviazgo.

¿Qué sabía ella del mundo cuando, a los dieciocho años, la había cortejado y solicitado en matrimonio Ginés Talavera? Educada por la condesa de Maravillas, su madrastra –que la trató y atendió y cuidó de su hacienda como verdadera madre, pero la sujetó al melancólico retiro y a la estrecha devoción que ella misma observaba desde una temprana viudez–, Fernanda era una chiquilla algún tanto arisca, a quien la presencia de la gente contrariaba. Indócil y secatona, la condesa solía decir de ella, en confianza a su confesor: «¡Vaya por

Dios, padre Herrero! Mi hijastra parece un erizo¹⁷». Y no adivinaba la excelente señora que Fernanda guardaba en el corazón, bajo apariencias de aspereza, un foco de dolor y de ternura, el sitio de su madre, muerta al darla a luz. No podía desconocer Fernanda que su madrastra era buena; no podía negar que miraba por ella con celo extremado; no podía olvidar que en sus enfermedades de niña la había asistido, no apartándose de su cabecera...; pero —sin precisar el análisis— Fernanda sentía, por instinto, que faltaba en todo esto el calor de entrañas la efusión delirante con que una madre natural acaricia a su progenitura... El tibio beso en la frente que todas las noches recibía de la condesa de Maravillas había llegado a causarla un estremecimiento de repulsión. Como pudiese, hurtaba el cuerpo a aquella caricia. Se representaba a su madre toda labios, y labios de miel y de fuego, que la envolvían en un halago de infinita dulzura. Fernanda ofrecía una particularidad, rara en las chicuelas de sus años: no lloraba, no había llorado jamás. Sus murrias¹⁸, sus enojos, eran secos. Una noche que le dolía la cabeza, se puso de pechos en la ventana de su dormitorio, y un ciego se detuvo al pie de ella, cantando, para pedir limosna, la conocida copla flamenca:

Dos besos tengo en el alma
que no se apartan de mí
el último de mi madre
y el primero que te di...

Y la niña, después de un momento de eso que se llama ausencia, sintió que rodaba por su mejilla fría una gota de algo que quemaba mucho. La sacó rabiosamente, y cerró de golpe las maderas. Apenas vio a su hijastra hecha una mujer, la condesa de Maravillas deseó casarla, no sólo por no ver si así se modificaba su desapacible carácter, sino a fin de quedar libre de cuidados de tutela y poder entregarse mejor a sus rezos y a sus caridades. Creía de buena fe la condesa que, buscando a Fernanda un marido de su clase, quedaba cumplido su deber. Eligió a Ginés Tavera porque reunía condiciones que sin duda hacían ventajosísimo el enlace: familia tan antigua, que procedía en línea recta nada menos que de los Taveras sevillanos; caudal considerable, algo comprometido por hipotecas, pero fácil de salvar con una acertada administración; en perspectiva el marquesado de Benalí y

¹⁷ *Erizo*: Fría e insensible.

¹⁸ *Murria*: Tristeza o melancolía.

una grandeza de segunda; pero, sobre todo —¡sobre todo! —, una educación cristiana, lejos del padre disipador y calavera, bajo la inspección de una abuela rígida, una marquesa viuda de Benalí que había tenido al muchacho como un doctrino, sometido a la estrecha custodia del capellán, hasta los veintidós o veintitrés años. Lo que no podía comprender la condesa Maravillas era que semejante tirantez sólo hubiese servido para meterle a Ginés en el cuerpo unas ganas curiosas de desquitarse, así que se lo permitiesen las circunstancias. Conocía Ginés el carácter de hierro de su abuela, y sabía que no le permitiría disfrutar a sus anchas su patrimonio, hasta verle casado. Decidió, pues, tomar mujer; y cuando su abuela le propuso a la *Maravillitas*, aceptó de buen grado, y se prestó a unos meses de empalagoso tortoleo, en el Real y en las cuatro o seis tertulias circunspectas donde se deslizaba a concurrir la madre Fernanda.

La cual, sin embargo, conservaba de aquellos meses una impresión deliciosa... Ciertamente que su novio le parecía algo frío, algo aficionado a llegar tarde y marcharse temprano, algo demasadamente equitativo en repartir sus atenciones entre ella y las demás muchachas del grupo. Fernanda le desearía más pegado, más tierno..., pero se hubiese dejado morir antes que decirlo, que indicarlo siquiera. Como toda alma exaltadamente sensible bajo apariencias de sequedad, quería ser adivinada, violentada dulcemente. Y cuando ya se acercaba el día de la boda; cuando Ginés entraba más libremente y más a menudo en casa de su futura; cuando las discusiones sobre mobiliario y arreglo del nido eran frecuentes y las cabezas de los novios se tocaban a veces al inclinarse sobre un paquete de muestras o al hojear un álbum de tapicero, hubo momentos muy gratos para Fernanda, porque Ginés estaba en su papel...

Se casaron de noche, aplazando la salida para el viaje de novios hasta dos días después, a fin de velarse. Fernanda podría relatar uno por uno los más mínimos incidentes de aquellas horas: todo se había grabado en su memoria con relieve solemne y profundo, hasta la caída del ramo de azahar natural que llevaba cogido y que dos veces había resbalado de sus manos trémulas, arrancando a la supersticiosa doncella una «¡mala señal!» que heló la sangre, por un segundo, en las venas de la novia... Lo que hizo tan señalado para Fernanda el día de su casamiento no fue el principio de la intimidad conyugal, ni la sorpresa de la inocencia que desgarró su velo. No, Fernanda, que tenía

del matrimonio una idea muy alta y muy hermosa, hubiese tachado de sacrílego a quien le dijese que, para la mayor parte de los hombres, todo el contenido del matrimonio está en esas horas primeras. Fernanda creía –soñaba, mejor dicho– que aquello era el prefacio; que la novela, la poesía, lo santo y lo inefable, vendrían después, y muy completos, y con duración de muchos años, trayendo cada edad de la vida su forma diferente de amor; unas más bellas que otras, cada cual divina a su manera, hasta la que mezcla dos cabelleras canas y dos áridas mejillas sobre la cuna de los nietos, al borde mismo de la fosa... Y en cambio Ginés pensaba que un poco de jalea al principio y una correcta indiferencia luego pagaban bien la deuda contraída ante el altar, a la faz de una sociedad que le amparaba con sus leyes, y de un corazón que se entregaba embriagado...

Salieron hacia París los jóvenes marqueses de Benalí. Ginés nunca se había visto libre y con barro a mano en la capital francesa. Corrían los últimos días del otoño, y en los bulevares, restaurantes y teatros sólo se escuchaba hablar español. Encontró Ginés amigos de Madrid, unos solteros y otros con sus familias, y desde luego se combinó una vida en que Fernanda tenía por compañeras, en paseos y diversiones, a las señoras, y Ginés se iba con los caballeros por su lado. Fernanda sintió una contrariedad indecible: había soñado que no se apartaría de su marido y que andarían del brazo como enamorados; pero su orgullo le cerró la boca, y sin objeción alguna rodó por almacenes y casas de modistos, mientras Ginés estudiaba otras formas de la industria parisiense. Fernanda calló: por un lado, su altivez le cerraba la boca; por otro temía que se riesen de ella las damas a quienes la había entregado Ginés, y que todas parecían encontrar muy natural la división por sexos y el pasarse todo el día de Dios sin ver a sus esposos, ya que, al fin, de noche –¡que remedio!– se los encontrarían... ¡Vaya si se los encontrarían!

Pues ¿quién sabe?... Una noche, Fernanda, en su saloncito del Grand Hotel du Louvre, aguardó en balde, sin que Ginés apareciese... Inquieta primero, azorada después, en angustia cruel por último, vio amanecer un día brumoso y glacial de París, y transida de frío y muerta de susto, iba ya a salir, a llamar, a alborotar, para que se buscara a su esposo, cuando sintió que se abría la puerta y le vio entrar, con el cuello del gabán¹⁹ subido hasta las orejas, el sombrero ladeado,

¹⁹ *Gabán*: Prenda gruesa de vestir de manga larga; es una vestimenta masculina.

cantando entre dientes... Con impulso vehemente se le echó a los brazos, y por primera vez Ginés tuvo una palabra áspera y un movimiento casi descortés.

—Hija... ¡Pues tiene gracia! ¿Qué haces a pie esperándome? ¿Te has figurado que así me sujetas?

Retrocedió Fernanda, palideciendo, y se quedó inmóvil ante su esposo. Hay cosas tan enormes que el corazón no las admite; y la recién casada de diecinueve años no podía interpretar en toda su significación aquella noche pasada fuera, ni las arrugas de la pechera blanca que le entrevió al desabrocharse el gabán, ni la corbata blanca, torcida y manchada de vino, ni el equívoco y violento perfume que se desprendía del pelo y de las manos de Ginés. ¡Ah! Si lo hubiese podido interpretar de golpe entonces, acaso abre el balcón y se precipita por él a la pulida acera recién lavada, donde en aquel momento se instalaba una ramilletera su graciosa mercancía... No, Fernanda no interpretó aquello; sólo vio la repulsa, la dureza, la acogida hecha a su demostración de ternura..., y silenciosa volvió la espalda.

Ahora —a la vuelta de cinco años de matrimonio— sí que entendía bien Fernanda el sentido de la cruel escena de París. Cada día un nuevo pormenor, una nueva señal, la convencían de que su felicidad había nacido muerta. En expectativa al principio; desconsolada luego; revolviéndose después hacia todos lados, como quien busca un clavo a que agarrarse, Fernanda estaba ya en ese período de desorientación en que todo se intenta.

Bastaba de encierro y de vida monástica; bastaba de horas de soledad y de abandono... Fernanda había resuelto asistir a aquel baile rosa, y a todos, y a donde danzase un mico²⁰... Haría como las demás. Divertirse, reírse, lucir, ser un astro, y ahogar el amor y la juventud en un mar de frivolidades...

Y para adornar el traje color rosa de China, que había encargado a Redfern, es para lo que quitaba los soberbios encajes hereditarios de su traje nupcial, arrancando de la ligera caja a tirones, echado al suelo y descosido a iracundos tijeretazos, que parecían puñaladas destinadas a asesinar las ilusiones de ayer, blancas y suaves como el crujiente raso de la espléndida y luenga falda.

20 *Mico*: Niño pequeño.

II

Si alguna mujer dijese que, al volver al mundo después de una temporada de retiro, y volver alzando un rumor halagüeño, que susurra a su alrededor requiebros que parecen himnos, no ha sentido grandísimo gozo y no ha sonreído disimuladamente, allá para sus adentros —que también hay sonrisas interiores—, no la creáis. Mentirá por conveniencia y modestia, se mentirá a sí misma; pero miente de seguro.

Ahora bien: si esa misma mujer afirma que, al retirarse de la fiesta, no ha notado que todo homenaje y todo triunfo es vano y vacío cuando no hay a quien ofrecérselo ni quien se envanezca de él, decid que esa mujer es un amasijo de vanidad y tontería, y que merece pasar su vida entre dos cosas igualmente tristes: el ruido y la soledad.

Regresó Fernanda del baile rosa con algo de fiebre. Su primer movimiento fue mirarse al espejo, y en el limpio cristal que cercaba una guirnalda de flores de frágil Sajonia y que inundaban de luz seis transparentes bujías, vio un rostro que casi la pareció desconocido, una Fernanda nueva. La fiebre encendía sus mejillas y hacía brillar sus ojos, y su pelo encrespado y peinado con arte, que iluminaban joyeles²¹ de brillantes y rubíes; sus hombros desnudos, que transpiraban ligeramente y recibían como rosados reflejos de terciopelo de corpiño; su boca roja, sus pupilas sombrías y dilatadas, la hicieron sorprenderse, porque contrastaban con la Fernanda de todos los días, descolorida y encerrada en su continua pena. Siguió mirándose; pero aquel espejito de tocador, tan mono, no permitía ver sino la cara y parte del busto. Se volvió hacia la alta luna del armario y dio vuelta a la llave de los dos tulipanes de luz eléctrica que la coronaban. La gentil figura que se copió en el espejo hubiese satisfecho al más exigente artista. Y en realidad, dos artistas de muy diverso orden habían colaborado en ella: Dios... y el modisto.

No hay razón para que se hable de los modistos con desprecio. Lo que otros con el lápiz o con el pincel o los palillos, hacen ellos con los

21 *Joyel*: Joya pequeña.

dedos combinando telas y colores. Su inspiración (que a veces se les puede calificar de inspirados) suele hallar un obstáculo: el de no poder acomodar la ropa al carácter o expresión de la fisonomía o del tipo a quien la destinan. Rostros vulgares y sin distinción exigen del modisto que las convierta en *Anas de Austria*; mujeres morenas y coloradotas piden los voluptuosos y lánguidos trajes de la época Pompadour, que las sientan después como a un Cristo un par de pistolas. El modisto verdadero –artista de raza al fin– se regocija cuando puede colocar una de sus creaciones sobre un buen maniquí humano. La fotografía de Fernanda y el recuerdo de su figura habrán hecho exclamar al francés: «*Dieu merci*», y asir con súbito movimiento sus tijeras de oro, mientras sus manos largas y secas arrugaban en el aire –con el movimiento peculiar del magnetizador, que despide fluido– sedas y encajes, cintas y pieles.

De todo esto entraba en la incomparable toilette que había valido a Fernanda una noche triunfal. Era el traje –algo complicado de líneas, pero calculado tan bien que parecía sencillo– una hábil mezcla de dos estaciones: la seda suave y blanda como un pedazo de epidermis, y el encaje, maravilla labrada en Venecia hace dos siglos, se armonizaban atrevida y divinamente con el suntuoso terciopelo y las pieles de zorro azul entre las cuales resaltaba el peto bordado de perlas y rubíes balajes color de rosa. Con atrevida innovación, el modisto, que tenía estudiado el talle de Fernanda, había encotillado el corpiño, dando así a la figura de la dama un gracioso aire de retrato antiguo: las ballenas hacían plano y largo el talle y despedían audazmente el seno hacia lo alto, combinación encantadora cuando la favorece la juventud y la intacta pureza de formas de una mujer. Al mismo tiempo, y por especial encargo de la marquesa de Benalí, la honestidad nada había sufrido con el traje, caprichoso y novísimo. La armonía del colorido era incomparable, a pesar de los vivos tonos del rosa.

Fernanda había notado, desde el momento en que entró, que eran su presencia, su atavío y su hermosura con él, el acontecimiento de la noche; y un natural regocijo duplicaba su hermosura en aquellas horas fugaces. Cuando estaba en lo mejor de su triunfo vio venir como un torbellino a María Pimentel, la bien nombrada, la de aguda y sajadora lengua y picantísima charla. Fernanda estrechó con gusto la mano que la tendían, porque gustaba más del desenfado y graciosa franqueza de la Pimentel que de otras hipocritonas mordaces. Y

María, después de reiteradas felicitaciones sinceras, de elogios bruscos y de un ¡Gracias a Dios que el caracolito éste se resuelve a salir de su concha! ¡Ya iba a enviarte *lanolina*²² para que no te apolillases!, que hizo soltar la risa a Fernanda, se la llevó a un rincón, y en voz baja, pero cristalina y aguda, dirigió a Fernanda este discurso:

—Bendita seas por haber venido y por haberte presentado tan magnífica y tan retrechera. Ya supondrás que no te he encerrado aquí para decirte piropos. Valiente desaborición²³: pan con pan... No hija; es que me encanta que rabie ese jamoncito con triquina²⁴ de Ángeles... *peores*. ¿No la ves? Mírala qué ojirris²⁵ te echa... ¡Parece el lagarto de las cuatro virtudes..., digo, de los cuatro vicios! No, no mires tú ahora; no la des ese gustazo... ¿Para qué se han inventado los abanicos? Anda, ahora puedes enterarte... ¿No notas?

En efecto, pudo Fernanda convencerse de que la señora baronesa de Lepanto no la quitaba ojos desde el sofá donde sostenía animado diálogo con Ginés. Parecía como si la dama insistiese en pretender algo que el marqués de Benalí rehusaba débilmente. Venció al fin el obstinado empeño de la que la Pimentel llamaba *Ángeles peores*, y cogiéndose del brazo de Ginés se dirigió a Fernanda, que se levantó maquinalmente. La Lepanto tendió los brazos como si se le despertasen, a la vista de Fernanda, profundos sentimientos de cariño, muy súbitos y muy extraños ciertamente, ya que en toda la vida de las dos señoras —corta aún la de Fernanda, no breve la de Ángeles— se habrían hablado cosa de media docena de veces, y siempre en el mundo, y siempre sin confianza.

Y después de apoyar los labios en la mejilla de la joven marquesa, la Lepanto dijo con voz de azúcar envenenado:

—¡Monísima!... ¡Ay, gracias a Dios que nos permite usted que la admiremos! No hay que preguntar cómo lo pasa usted; basta verla... ¡Qué *toilette*! ¡Digo! Es usted la reina de la noche... ¿Querría usted hacerme un favor, ser buena amiga? Dígame usted quien es su modisto... ¡El cuerpo es una idealidad! ¡Qué nuevo! ¡Qué hechura tan rara!

—No crea usted que es el sastre, baronesa; es el molde —exclamó con su frescura habitual la Pimentel, que arrastró consigo a Fernanda,

22 *Lanolina*: cera natural.

23 *Desaborición*: Disgusto.

24 *Triquina*: Enfermedad de los cerdos que se transmite a los humanos.

25 *Ojirris*: Miradas.

haciéndola dar media vuelta y dejar con la adulación en la boca a la interlocutora.

Y así que se vieron entre el gentío, se inclinó la Pimentel hacia Fernanda y con viveza la dijo:

—Ese pañolito, límpiate volando... ¡Quítate la baba de Judas!

Cuando Fernanda se disponía a que su amiga le explicase todo el alcance de la frasecilla, las detuvo el dueño de la casa, que quería presentar a Fernanda al secretario de la Embajada inglesa. Poco después Fernanda bailaba con el diplomático, y ya en toda la noche no hubo medio de que tuviese otro aparte con la Pimentel. Sin embargo, la expresión de aquellas palabras se le había quedado clavada en el alma de un modo singular. La Pimentel tenía inflexiones de voz que decían más que las palabras mismas, retintines extraños que grababan lo más difícil de decir con el buril²⁶ de la ironía y lo realizaban con caracteres de fuego.

Ciertamente que no podía sorprender a Fernanda ningún indicio de despego de su marido. En cinco años había recorrido todas las etapas del recelo, de la desconfianza, de la duda, del desengaño, de la esperanza y del desconsuelo... Sin embargo, aquella pena, como casi todas, tenía aún muchos aspectos para Fernanda desconocidos. Creía ella que la infidelidad del esposo no pasaba de cierta esfera baja y casi anónima de la sociedad, y nunca había pensado en la contingencia de que Ginés la injuriase con mujeres de su misma clase, y haciendo alarde de ello ante el círculo burlón y despiadado del mundo. Las faltas de Ginés con mujeres despreciables le habían parecido hasta entonces a Fernanda vicios y locuras de la mocedad; pero la falta con una señora era, sin duda, la traición, el robo, el despojo total, las sustracción de lo único que hasta entonces había conservado la esposa, y que le quitaban con inaudito descaro... El agudo dolor que sintió Fernanda vino a demostrarle cómo siempre el amor se resiste a morir y escoge un rincón donde defender lo que le resta de la vida...

¿Sería verdad? ¿Habría en las palabras de la Pimentel todo lo que Fernanda creía haber visto? ¿Significaría algo la actitud de Ginés cuando daba el brazo a Ángeles y se quedaba como envarado, molestado por el diálogo, con un imperceptible movimiento del cuerpo, que quiere tomar otra dirección, abreviar una situación embarazosa?

Volvía Fernanda a mirarse al espejo, y sin que pudiese achacar a vanidad lo que se le ocurría, extrañaba cada vez más que su marido

26 *Buril*: Instrumento de acero que sirve para grabar metales.

pudiese darle rival semejante. Una mujer entrada en años, y años malversados en continuas liviandades y escabrosas aventuras; una mujer barnizada y retocada, marchita, despreciable..., ¿sería preferible para Ginés a la fresca juventud de la casta esposa, enamorada todavía, dispuesta aún a olvidar y perdonar y reanudar la vida? Como todas las almas generosas y bien puestas, Fernanda buscaba su tanto de culpa, y hasta deseaba aumentarla en aquella hora: se imputaba como delitos el silencio, el orgullo, el retraimiento, la falta de coquetería y de artimañas que atrajesen al marido tornadizo y joven... Era preciso cambiar de sistema, lisonjearle, atraerle, quitarle las telarañas de los ojos y que viese y sintiese cerca de sí y con todas las ventajas y apacibles satisfacciones de lo legítimo y justo la ventura de ser dueño de un bien codiciado y codiciable... Fernanda se trataba a sí misma de soberbia, de insensible, de altanera, de mala, y se acusaba de poco humilde, de pronta en volver las espaldas y en echar la soga tras el caldero. ¡Si con un buen movimiento, con unas lágrimas de aquellos ojos suyos que no sabían llorar, pudiese reconquistar a su Ginés! ¡Si de ella, de su voluntad, de su iniciativa, de su energía, de su ímpetu amante, dependiese conseguir lo que más anhelaba! ¿Y por qué no? ¿No era hermosa, no acababa de oírlo repetir, no lo había oído el mismo Ginés hacía un momento? Volvió Fernanda a mirarse..., y, de pronto, la alta luna del espejo reflejó algo que la dejó inmóvil de sorpresa. Ginés entraba, sonriendo, expresando con los ojos algo tan conforme a lo que estaba pensando su esposa, que ésta, paralizada por el exceso de la emoción, ni acertó a volverse, y sólo cuando ya el que entraba estuvo tan cerca que le sintió respirar; se volvió Fernanda automáticamente, sin darse cuenta de que se volvía, y dejó caer la cabeza sobre el hombro de Ginés.